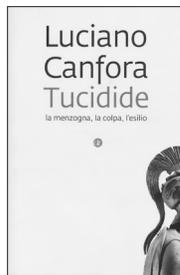


El enigma de Tucídides o las historias de la Historia

Antonio Melero Bellido

antonio.melero@uv.es



Luciano Canfora, *Tucidide. La menzogna, la colpa, l'esilio*,
Bari, Laterza Editori, 2016, 355 pp.

No es frecuente que un libro dedicado a un autor de la Grecia clásica y escrito con los instrumentos de la más rigurosa erudición crítica conozca el éxito editorial de la obra que reseñamos. No es desde luego el primero que Luciano Canfora, brillante, prolífico y polémico helenista de la Universidad de Bari, dedica a Tucídides, a cuyo estudio ha consagrado, dentro de su amplia y variada obra, casi medio siglo.

El subtítulo de la obra, *La mentira, el exilio, la culpa*, presenta, ya desde la portada, el fondo de la cuestión tucidídea, cuestión que no ha dejado de ser debatida desde la Antigüedad y que podemos resumir así. Según la *Vida de Tucídides* de Marcelino (siglo II d. de C.),

nuestro autor, de rica familia ateniense y arrendatario de las minas atenienses de Pangeo en Tracia, fue condenado al exilio en el año 424 a. de C., durante la Guerra del Peloponeso, tras su fracaso como general en la defensa de Anfípolis, colonia ateniense en Tracia; allí bajo un plátano en su propiedad de Skaptè hýle escribió su *Historia de la Guerra del Peloponeso* desde su inicio en 431 hasta el final en 404. Ahora bien, esta idílica estampa no se compadece con el autor del prólogo de la *Historia*, el llamado proemio del libro I, que es la firma de autor de la obra, donde se exponen los principios y métodos de la Historiografía: a diferencia de la poesía que embellece, distorsiona, exagera, la

Historia se basa en la autopsia, en el relato de lo visto y vivido, en testimonios verídicos, en documentos auténticos. Porque el objetivo de la Historia es descubrir las causas profundas de los acontecimientos, distinguiéndolas de los fenómenos superficiales, de lo puramente aparential y fenomenológico. Páginas brillantísimas y seminales de la Historiografía, en las que Tucídides reflexiona sobre el estatus epistemológico del conocimiento histórico, distinguiendo cuidadosamente entre la verdad, lo cierto, lo exacto y lo verosímil. Con estas exigencias de veracidad y exactitud en la descripción de los hechos y en la verdad o verosimilitud de las causas, una pregunta se impone: ¿pudo escribir Tucídides, desde su retiro de Tracia, una historia tan detallada en la narración, tan rica de testimonios, tan circunstanciada en los hechos sobresalientes como en los detalles menos relevantes? ¿Contaba con una red de agentes dispersos por todo el mundo griego que le tenían puntualmente informado de los acontecimientos? Esta es la primera cuestión de fondo que se plantea. Pero además de esta contradicción existen otras. Si realmente fue exiliado, ¿por qué no dice nada Tucídides de su exilio? ¿Cómo pudo permanecer un exiliado en tierra ateniense, ya que sus propiedades de Tracia pertenecían a Atenas, cuando un exiliado no sólo estaba expuesto a una muerte impune, sino que ni siquiera podía ser enterrado en suelo de Atenas? ¿O acaso Tucídides pudo escapar del castigo y anduvo disfrazado y oculto en Atenas y territorios atenienses, como un espía en la Viena de la

Guerra Fría, de forma que pudo tener información detallada de los acontecimientos de primera mano o por testigos directos de los acontecimientos? Es decir, ¿calla Tucídides y, en consecuencia, miente? Cuestión ésta no menor, ya que, de su respuesta, depende, en gran medida, el modo en que debemos interpretar su relato, que implica valoraciones tan importantes como su juicio sobre la democracia ateniense, su presentación de Pericles y de su programa político, el funcionamiento de las instituciones de Atenas, la conducta de políticos como Cleón, Demóstenes o Alcibíades, considerados quizás a la ligera, como simples y brutales demagogos.

En la misma línea de pensamiento surgen otras cuestiones: ¿por qué no se acogió Tucídides a algunas de las amnistías que se decretaron a lo largo de la guerra, la de 421, con motivo de la Paz de Nicias, la de 413 tras la derrota ateniense en Sicilia?

¿Calla y miente Tucídides en el libro V, el llamado segundo proemio, cuando afirma, ahora sí, que, tras el 424, fue desterrado y vivió en el exilio veinte años, desde 424 a 404 a. de C.? En este caso Tucídides es culpable de falta de honradez y sinceridad, por lo que se ha podido hablar de un *Schuldfraße*, por utilizar el término acuñado por Eduard Schwartz, al que Canfora debe mucho.

Ahora bien, un análisis de toda la documentación disponible, empezando por su propia *Historia*, muestra que Tucídides no sufrió ninguna derrota en Anfípolis, dado que él no era el general, cargo que ocupaba Eucles, phýlax o

gobernador ateniense de la región. Tucídides estaba destinado con una flota en Tasos, desde donde podía acudir sea a Tracia sea a la Calcídica, amenazada también por las tropas espartanas de Brásidas. Es más, la intervención de Tucídides salvó la ciudad portuaria de Eyón en la desembocadura del Estrimón lo que desbarató en gran medida los planes de Brásidas. Hay testimonios, además, epigráficos de que lingotes de oro procedentes de las minas de Tucídides siguieron llegando a Atenas con posterioridad al 424, concretamente en los años 411-409, lo que no tiene sentido de haber sido condenado al exilio. Y no cabe imaginar a un exiliado enviando oro a Atenas, que no se dejaría tentar por los regalos del general exiliado.

Más complejo es solventar la noticia de V.26.5 donde Tucídides parece afirmar que su exilio tuvo lugar «tras mi mando como estratego en Anfípolis». Canfora argumenta, con gran riqueza de datos textuales y argumentos filológicos, que se trata de una corrupción deliberada y alejandrina del original *tèn eís amfi pólin strategían* «mando sobre la Acrópolis» con referencia a la responsabilidad de Jenofonte durante la guerra civil del 404-403 a. de C. y expresión poética dependiente de las Coéforas de Esquilo (vv. 75); un eufemismo para evitar decir «guerra civil».

La descripción de la expedición a Sicilia es tan detallada y minuciosa, fruto de un testimonio tan vivo y veraz (*foot-witness* por decirlo con el ingenioso neologismo de Canfora) que sólo pudo ser escrita por alguien que participara en ella u oyera relatos de gente

que hubiera participado directamente en la misma. Y lo mismo cabe decir de otros pasajes, como el diálogo de los melios o el discurso de defensa de Antifón, oligarca implicado en el golpe de estado de 411, del que afirma que fue el mejor que nunca hubiera oído.

Cabe por tanto concluir que Tucídides debe ser absuelto de toda culpa (*unschuldig*) y que convivió con la democracia radical ateniense, al menos hasta el 409, tras el golpe oligárquico de 411 y el gobierno de los 5.000, fecha en que se exiliaría de Atenas.

Y aquí entra en juego Jenofonte. Como es sabido, la *Historia Griega* de Jenofonte, las llamadas *Helénicas*, continúa a partir del 411, año en que termina la *Historia* de Tucídides, con una frase («tras esos acontecimientos») que continúa literalmente las palabras finales del libro VIII de la Guerra del Peloponeso con que Tucídides deja en suspenso el relato. Es sabido que la obra de Tucídides es desigual. Esta es la segunda cuestión tucidéa. Para explicar las contradicciones que hay en ella, las diferencias de estilo y la falta de elaboración de muchos pasajes, se ha echado mano de diferentes explicaciones; la más socorrida la hipótesis de una obra no concluida y conservada en forma de apuntes y notas en diferentes fases de redacción y elaboración; algunas de ellas, como el libro I, escritas con posterioridad al relato y con la guerra ya concluida.

Todo se vuelve más fácilmente explicable si se hace intervenir a un redactor, como quería Schwartz, que, a partir de las notas y borradores de Tucídides, compusiera la obra tal como

nos ha llegado. Y más fácil aún, como propone Canfora, si hacemos intervenir a Jenofonte, oligarca confeso, que debió exiliarse también tras la restauración democrática (del 401 al 380 a. de C.) y sobrevivió –como es sabido– en Esparta, primero, como mercenario, después, al servicio del príncipe persa Darío, aventura que narró en su *Anábasis*, y retirado holgadamente en Mesenia escribiendo su obra. Y efectivamente, todo se vuelve más inteligible aún si, en lugar de un redactor, hacemos intervenir ya desde los acontecimientos del año 411 a Jenofonte, el auténtico redactor del Segundo Proemio y de los años XI-XV de la *Guerra* (capítulos 24-83 del libro V) y XXII-XXVII (capítulos iniciales de las *Helénicas*). En algún momento, con anterioridad al 409 a. de C., Jenofonte debió entrar en contacto con Tucídides o con su familia, bien en Atenas o quizás más tarde en Tracia, como parece deducirse de una noticia de Diógenes Laercio (siglo III d. de C.) según la cual Jenofonte pasó por Skaptè Hýle tras su aventura persa, y se habría hecho cargo de los esbozos historiográficos del historiador.

Esta hipótesis obliga al estudioso a reconstruir el origen de la espuria tradición biográfica que culmina con la *Vida* de Marcelino. Puesto que los alejandrinos, ya desde Dídimo, sitúan el lugar del supuesto exilio en Skaptè Hýle de Tracia resulta evidente que dicha tradición ignora la información del Segundo Proemio (libro V) que asegura que Tucídides vivió su exilio en Esparta. Para Canfora, tras el análisis de otros testimonios, resulta evidente que la biografía tradicional de Tucídides es

un producto alejandrino, posterior sin duda a Aristóteles que conocía una versión diferente y, sin duda, más veraz de la vida del historiador. Vestigios de esta otra tradición los encontramos ya en la propia obra: así, por ejemplo, a propósito de Antifón, uno de los aguerridos oligarcas del golpe de estado del 411 a. de C. el propio Tucídides afirma que «compuso la mejor defensa que nunca se ha pronunciado en un juicio capital hasta mis tiempos», información que también recoge Cicerón en su diálogo *Bruto* tras haberla leído en Aristóteles. Ello sitúa, más allá de toda duda, a Tucídides en Atenas y no en el Peloponeso en 411 a. de C. Y dos fragmentos de Praxífanos (siglo IV a. de C.) recogidos por Marcelino relacionan a Tucídides con una serie de intelectuales atenienses que debieron exiliarse tras el 411, lo que sugiere que Tucídides debió exiliarse también en esa fecha quizás a la corte del rey macedonio. Y, según esas noticias, es posible que sobreviviera en Macedonia hasta el 399 a. de C., en lugar de fechar su muerte poco después de 404 como hace la biografía tradicional.

Canfora se atreve a reconstruir el origen de la confusión. Los alejandrinos se encontrarían con un variado material, las notas y borradores de Tucídides más otro material con título como «Historia de Jenofonte de los hechos que faltan en Tucídides». El genitivo Tucídides pudo inducir a error y editar los dos libros como una única obra, dispuesta en los VIII libros que componen la *Historia de la Guerra* del Peloponeso y que contienen textos de Tucídides y de Jenofonte. Un análisis

del libro V muestra que el libro es un *collage* de fraseología de Tucídides y de estilemas de Jenofonte.

A las tesis centrales que hemos expuesto siguen una serie de apéndices, sumamente interesantes, que tratan de atar algunos cabos sueltos. «Il Tucidide di Aristofanes» muestra que la noticia del escolio a las *Avispas* de Aristófanes (vv. 946-47) debe ser entendida como una información sobre el exilio de Tucídides hijo de Melesias y no Tucídides hijo Oloro. «Il proceso degli strateghi» nos da una vivísima descripción de la democracia ateniense en acción con motivo del juicio y condena de los generales que habían obtenido la importante victoria naval de las islas Arginusas en 406 a. de C.

El libro, al hilo de la argumentación, contiene también exposiciones y debates de altísimo valor. En varios capítulos (La legenda del grande mentitore (pentito); La vera questione tucididea: la Scudfrage; nel solco di Eduard Schwartz) Canfora expone, con una detallada discusión de los presupuestos intelectuales, políticos e históricos, el origen de la cuestión tucididea desde la Antigüedad hasta nuestros días. Páginas interesantísimas para quienes se interesan por la relación

entre verdad histórica, verdad factual, propaganda política.

Y no es menos sugerente ver cómo el filólogo nos abre su laboratorio, nos deja ver sus materiales de trabajo, sus notas, la evolución de sus hipótesis, el proceso de elaboración de la obra, incluso la correspondencia mantenida con colegas a propósito de puntos y cuestiones controvertidas.

Tras la lectura, que, gracias a la sagacidad, vivacidad y suspense expositivos, seguimos como una investigación detectivesca, nuestra comprensión de la obra inmensa de Tucídides se ve grandemente enriquecida. La reelaboración de la biografía es, al mismo tiempo, una historia de la constitución del texto, de su fortuna intelectual, de la recepción de la obra.

Mucho hay en el libro que se impone por la fuerza de convicción de los argumentos, algunos de ellos no por sí solos convincentes, pero conclusivos en la acumulación de fuentes y testimonios. Mucho hay también de hipotético y dudoso. Pero, como siempre, el libro de Canfora plantea cuestiones y da respuestas que, convincentes o no, enriquecen nuestra visión de los problemas.

.....
ANTONIO MELERO BELLIDO es Catedrático Emérito de Filología Griega de la Universitat de València.